

**DISCURSO INSTITUCIONAL DE JAVIER ORELLA DE ANITUA, PRESIDENTE  
DEL ORFEÓN PAMPLONÉS. DURANTE EL ACTO DE CONCESIÓN DE LA  
MEDALLA DE ORO EN EL DÍA DE NAVARRA 2010**

**“En la ciudad de Pamplona, previa convocatoria a los señores socios suscriptores para la formación de una Sociedad Coral que debe radicar en esta ciudad, se reunieron en casa del Sr. D. Conrado García y fueron aprobadas las siguientes bases: se crea una sociedad bajo el título de Orfeón Pamplonés, cuyo efecto será enseñar música gratuitamente a los artesanos que lo soliciten y sean admitidos ...”**

Excelentísimo Señor Don Miguel Sanz, presidente de la Comunidad Foral de Navarra. Excelentísima Señora Doña Elena Torres, presidenta del Parlamento de Navarra. Excelentísimo Señor Don Javier Caballero, vicepresidente primero del Gobierno de Navarra. Autoridades, invitados, compañeros orfeonistas, amigos del Orfeón Pamplonés. Buenos días a todos.

Las historias deben empezar a contarse desde el principio, y así voy a hacerlo. Porque estamos aquí para recibir un galardón que nos llena de orgullo, una Medalla de Oro muy coral, por utilizar una expresión del mundo de la música: Coral porque corresponde a muchos que están aquí presentes y a muchos otros que no lo están. Y es justo que contemos la historia que nos ha traído hasta aquí.

El texto con el que arrancaba este discurso fue escrito el 19 de marzo de 1865 y es la primera página del Libro de Actas del Orfeón Pamplonés. Es la primera de muchas páginas y el principio de una historia que comienza con un grupo de personas que se reúnen, podemos imaginarnos, con la ilusión de estar creando algo importante, con una misión: enseñar música y acercarla a la sociedad.

Era a mediados del siglo XIX y empezaba, sin que ellos lo supieran, un proyecto que aguantaría el paso de los años, sostenido siempre por el amor a la música. El amor a la música de esos artesanos que terminaban la jornada laboral y se mecían en esta música para evadirse del cansancio, y la inquietud creadora de los músicos, de los intelectuales de la época, de los artistas de la partitura.

El siglo terminaba dejando el recuerdo de proyectos corales sublimes: Dirigiendo Emilio Arrieta, las voces del Orfeón Pamplonés, la orquesta Santa Cecilia, el violín de Pablo Sarasate y la voz de Julián Gayarre, todos juntos. Las voces

masculinas, las voces de tiple, las voces femeninas solistas y por fin, con el siglo XX, las voces de mujer en el coro.

El Orfeón empezaba el nuevo siglo y añadía en sus fotos en blanco y negro los rostros de su Coro de Señoritas. Ellas enriquecerían con su llegada mucho más que el repertorio. Aquellas señoritas, muchas de ellas casi niñas, pedían permiso tímidamente a sus padres para poder cantar, sin saber que además estaban recibiendo la llave de un universo mucho mayor: en sus viajes, ellas y sus compañeros iban a conocer la playa y el mar, iban a viajar al extranjero, iban a ver la carroza del rey Alfonso XIII y Victoria Eugenia de Battemberg para después cantar en una Boda Real.

Esta Medalla de Oro corresponde en gran parte a los sueños, ilusiones y desvelos de aquellas señoritas, y de sus compañeros, y de quienes les siguieron. De quienes viajaban por primera vez en tren y llegaban a Madrid, tiznados de carbonilla, cansados, con el tiempo justo de lavarse la cara y ponerse a ensayar.

Y es también de los miembros de la Junta Directiva que se adelantaban a los viajes para visitar las pensiones, para negociar el precio en pesetas del alojamiento, de quienes batallaban para incluir el vino en el menú, de aquellos secretarios que llenaban folios a mano, o a máquina con papel de calco, para pedir dinero, para conseguir publicidad, de quienes escribían en los periódicos con el estilo ahora caduco de aquellos años, de quienes hablaban con tanto cariño del Laureado Orfeón Pamplonés.

Y es también para los maestros directores que supieron dar, cada uno a su manera, lo mejor de sí a través de los años y crear un coro pionero, vanguardista, un coro al que dirigieron prestigiosas batutas y que estrenó en nuestro país las grandes obras del repertorio sinfónico coral.

Aquellos maestros que hicieron del Orfeón Pamplonés una parte importante de su vida y que hicieron brillar al coro en los festivales musicales de España, de Francia, de Holanda y de Portugal.

Aquellas personas que supieron apoyar al Orfeón en los momentos de éxito y también en los momentos bajos, manteniendo viva la institución.

La historia del Orfeón Pamplonés es también la historia de esos niños que comenzaron a cantar con pantalón corto, que crecieron y se enamoraron cantando en el coro, y la de de los orfeonistas que guardan, como recuerdo más preciado de sus padres, la foto de algún concierto del Orfeón Pamplonés.

Y aquí la historia nos saca del pasado y nos lleva al presente, al siglo XXI, a unos tiempos que han puesto a nuestro alcance tecnología, marketing, nuevos medios

de transporte e internet, y los viajes ya no exigen una visita previa a las pensiones, ni tenemos que esperar respuestas importantes vía telegrama, ni las señoritas tienen que pedir permisos para cantar.

Tenemos las ventajas y desventajas del siglo XXI como la avalancha de alternativas de ocio que nos exige ser mejores, ser el coro amateur más profesional. Contamos también en este nuevo siglo con un equipo profesional artístico y de gestión y una visión empresarial de ese bien tan etéreo e intangible como podría parecer la música.

Recibimos la Medalla de Oro de Navarra y el premio nos llega por hacer lo que venimos haciendo desde 1865: música, formar con esta música y transmitirla a la sociedad. Y algún día seguramente alguien leerá extractos de nuestras Memorias Artísticas de hoy y mencionará el estilo caduco que habla de un Orfeón Pamplonés que triunfa en escenarios como el Kennedy Center de Washington y Carnegie Hall de Nueva York.

Nuestros hitos de hoy pasarán a formar parte de nuestra historia, y nuestro futuro de hoy será presente. Y tenemos futuro, no sólo por los proyectos, sino porque el Orfeón forma a casi doscientos niños y jóvenes, de los cuales no sabemos cuántos harán del canto una afición perdurable o incluso su carrera profesional, pero creemos que ellos llenarán los auditorios. Ellos son nuestro público futuro, y el público es el alimento del arte.

Aprovecho la concesión de esta medalla para primero dar las gracias a Gobierno de Navarra por concedernos tan preciado galardón, pero debo además, al hilo de hablar del público como alimento del arte, pedir alimento para la Cultura. Para seguir hacia adelante necesitamos un compromiso mayor si cabe de Instituciones públicas y privadas, incluso en estos tiempos de crisis; para poder, como dicen los Estatutos del Orfeón Pamplonés, y cito literalmente, “cultivar la música coral y fomentar este arte en todas sus manifestaciones, llevando por doquier con dignidad el nombre de Pamplona y de Navarra”.

Voy a terminar con una anécdota incorporada al acervo cultural que resume cómo entendemos desde el Orfeón esta Medalla de Oro de Navarra: Un turista pregunta a un neoyorkino "¿Cómo se llega a Carnegie Hall?", éste le responde "Ensayando, trabajando". Este es nuestro compromiso.

Muchas gracias.